

M E D I T A C I Ó N

ante el Santísimo Cristo de la Caridad

Fernando M^a Cano-Romero Méndez
Sevilla, 24 de marzo de 2007

Acaba de levantarse, se ha puesto en pié tras un largo rato sentada en la roca fría de un Calvario inhóspito, desagradable; estuvo junto a la Cruz esperando que José de Arimatea usara sus influencias para lograr ante Pilatos que le permitiera desclavar al crucificado, sin cumplir el tiempo que, según la ley, debía estar pendiente después de la muerte. Y después lo han descendido, lo han puesto en sus brazos, y mientras traían el áloe y las hierbas aromáticas para embalsamarlo y perfumar su cuerpo, perfumes de Arabia y el paño blanco, ha empezado a recordar...

Se dice que los hijos estamos psicológicamente preparados para la muerte de nuestros padres, que llegará algún día como lógica consecuencia de la edad y del paso de los años, pero se dice también que los padres, y mucho más las madres, no están preparadas para la muerte de un hijo. Y María, mujer, como todas las mujeres de nuestra raza, no estaba preparada para ver morir, y de qué forma, al Hijo de sus entrañas.

El cortejo se ha puesto en marcha hacia ese huerto cercano en el que José de Arimatea tiene excavado en la roca un sepulcro nuevo, y la Virgen ha empezado a caminar lentamente, apoyándose en Juan a quien, en una de sus últimas palabras, su Hijo lo ha hecho hijo y en él a toda la humanidad; confortada por las mujeres, va caminando despacio, poco a poco, a duras penas avanza con su alma destrozada por el dolor, y como suele ocurrir cuando fallece un ser querido, la Virgen le ha dado marcha atrás a la moviola de su cerebro y ha empezado a recordar tantas y tantas escenas vividas con Jesús. Y se le ha venido a la memoria Nazaret, Ella estaba rezando, tan joven, casi una adolescente, consagrada a Dios, había celebrado su contrato de esponsales con José y la sorprende el anuncio de Gabriel, pero Ella empieza a pensar... Y yo te pido Madre mía de las Penas que en esta noche nos perdones que queramos prolongar un poquito tus Penas, que queramos aumentar tu camino, que no permitamos que el huerto vecino al Monte de las Calaveras esté tan próximo y que sigamos caminando contigo.

Nos ha dicho el Santo Padre en su alocución cuaresmal que de la mano y en la compañía de María recorramos el camino de la Cuaresma para prepararnos dignamente para la festividad de la Pascua, y así lo vamos a hacer esta noche contigo, por eso no te queremos dejar bajar del Calvario, no queremos que llegues al Huerto ni que entierren tan pronto al que es pura Caridad, Amor infinito con los hombres, y queremos sacarte por Sevilla en un Lunes Santo anticipado; perdónanos Señora pero vamos a prolongar un poquito más Tu camino....

Cae la tarde doblando a muerto las campanas de San Andrés, el sol ha querido buscar entre las ramas de los naranjos el manto de la Virgen y una flor de azahar se ha deslizado por sus pliegues como el primer beso de Sevilla al pisar sus calles. Y contigo por esas calles volvemos a tu pensamiento para meditar junto a tu Hijo en este rato de la noche víspera en que Sevilla venga a postrarse ante Él para dejar un beso de amor en sus sagrados pies.

Nazaret, qué fácil Tú que has sabido, Señora, lo que son penas en tantos amigos y conocidos, ¿por qué te sorprende?, es un embarazo sorpresivo y reaccionas ante las pocas palabras del ángel, ¿cómo puede ser esto si no conozco varón? Y él te empieza a hacer promesas, y te lo pone como el más Grande de los grandes, y te asegura que te cubre la sombra del Altísimo y que el Espíritu Santo ha querido que en tu seno se encarne el Hijo de Dios. Qué fácil te hubiera sido decir que no, no, porque no estoy psicológicamente preparada, no, porque en cuanto empiecen a aparecer los primeros síntomas del embarazo y la gravidez se haga patente, qué dirán mis amigas, mis familiares, la gente de mi pueblo donde nos conocemos todos, y después ¿cómo voy a hacer frente a esto?... Pero dijiste que sí, que sí, y en tu fiat rotundo empieza la redención de la humanidad. Mira, Madre, entre esas calles en las que se agolpa la multitud que presencia el paso de tu cofradía habrá muchas, muchas jóvenes sevillanas que por muchísimas circunstancias y como consecuencia de imprevisibles acontecimientos tienen un embarazo no deseado, yo te pido que las ilumines para que tu Hijo bendito las haga decir fiat, decir sí, y no se pierda en la entraña de ninguna mujer de Sevilla la vida de un ser humano.

Y seguimos caminando, casi sin darte cuenta has llegado al final de tu gestación y las leyes te imponen trasladarte a un pueblo, Belén, que dista de tu casa, de tu familia, de tu entorno, y hasta él vas Tú, Madre, con la pena amarga de un viaje en el que pueden ocurrir cosas inesperadas, porque estás fuera de cuentas, pero el plazo se agota y hay que ir, y Tú vas, y no tienes dónde refugiarte y no hay posada, ni casa, ni sitio, ni rincón alguno dónde puedas

alojarte. Por las calles de Sevilla también, Madre mía, puede que te encuentres con muchos que no saben dónde van a dormir esa noche de Lunes Santo, como cualquier noche del año que tienen que buscar refugio bajo los soportales de cualquier edificio, en cualquier calle, en los extrarradios de la ciudad, bajo los puentes que sobre el río nos comunican con las ciudades del Aljarafe, o en los sitios más insospechados. Dile a tu Hijo, Madre, que Él nació también como uno más de los “sintecho”, que Él que es Caridad y Amor infinito resuelva el problema de una casa, de un techo y un hogar para aquellos que no lo tienen. Y a poco la maldad de Herodes te obliga a emigrar, y tienes que dejar tu pueblo, tu patria, huir a Egipto. También por nuestras calles vas a encontrar a muchos que se han visto obligados a dejar su casa, su familia, su entorno y venir aquí buscando unas condiciones de vida que posiblemente y por muchas causas no tienen allí donde nacieron, dile a tu Hijo que es pura Caridad que Él fue también emigrante, que Él también tuvo que huir de su pueblo, que conforte, ayude y facilite la estancia de muchos de estos emigrantes, que quizás no hablan nuestra lengua, ni comparten nuestras costumbres, ni profesan nuestra religión pero creen que existe un Ser superior del que esperan ayuda.

Y, de vuelta a Nazaret, te preocupaste de que tu Hijo fuera a la escuela donde empezara a recibir del Rabit que más confianza te inspiraba, el complemento de la formación religiosa que Tú y José ya le dabais en tu casa cada día. Mira Madre que en nuestra ciudad hay muchos padres que por la lejanía de sus domicilios o por sus circunstancias económicas se ven obligados a que sus hijos reciban junto a todo lo que es la ciencia que le abra puertas y progresos en sus vidas futuras pero les falta ese complemento que es la formación religiosa que se recibe en el seno de las familias y que no puede ser nunca cambiada por la educación ciudadana y los buenos modales que nunca sustituirán a lo que son los cimientos básicos de la fe y de los principios que hoy, desgraciadamente encuentra gravísimas dificultades para ello.

Y apenas un niño grande, cuando cumplís con el rito de la visita al Templo por la Pascua ya os lleváis un nuevo y doloroso contratiempo, ¿dónde está el Niño? Y tras tres días de renovados esfuerzos por encontrarlo en la caravana o entre familiares y conocidos sin lograrlo tenéis que retornar y al hallarlo en el Templo y mostrarle vuestra preocupación, la contestación es: ¿no sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre? Y entonces te acuerdas del día que en la cuarentena fuiste a cumplir con la ley y a presentarlo en el Templo y el viejo anciano Simeón te hizo saber que puñales afilados irían traspasando tu alma porque el Niño estaba puesto para la salvación de muchos y la perdición de algunos, y la espada de dolor

que atravesaría tu corazón sería inmensa, pero Tú, que te preocupabas de todo y estabas pendiente de Él, sabías que todo esto tenía que pasar y, aunque como madre te acongojaba, guardabas todas estas cosas en tu corazón.

Y el Niño fue creciendo y te fuiste preocupando de sus amistades y que el entorno que lo rodeara fuera el más propicio y que no fuera a ir nunca con aquel mozalbete que tenía fama en el pueblo... y Jesús crecía y Tú seguías guardando todas esas cosas en tu corazón. Después supiste que iba cobrando amigos y captando discípulos y haciendo una camarilla con hombres que le acompañaban por todas partes, y un día coincidiste con Él, en Caná, en una boda y allí, atrevimiento materno, le distes un empujoncito cariñoso adelantándote en lo previsto, incluso en los planes de Dios, y Él te lo recordó, pero al fin, buen Hijo, te hizo caso. Era la boda de unos amigos vuestros, hombre y mujer, porque era un matrimonio, y ya en la antigua ley se decía que el hombre abandonará a su padre y a su madre y se unirá a la mujer y serán dos en una misma carne, que es el matrimonio que la Iglesia Católica sigue conservando a través de los siglos. Hombre y mujer, para que pueda haber en la procreación la perpetuación de las generaciones, ese es el matrimonio; lo otro serán distintas formas de unión, pero no matrimonio, y Tú sabes Madre que por las calles puedes encontrarte también muchos casos de éstos, son gente de Sevilla. Lo llevas a hacer el primer milagro antes de lo que estaba previsto, pero qué hijo se niega al requerimiento de una madre que además trata de evitar el ridículo de unos amigos.

Y después, aunque no lo digan los evangelios, no podemos dudar que tu Hijo iba a verte con frecuencia, y en esas visitas que seguías recibiendo te enterabas, por lo que Él te contaba, que iba hablando a la gente que en momentos en los que la multitud tenía necesidad de comer, de cinco panes y dos peces había sacado lo suficiente para que todos saciaran su hambre y que habían sobrado cestos y cestos, y te enteraste que un día desde la montaña llamó bienaventurados a los pobres de espíritu y a los mansos, a los que lloran y tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos y a los limpios de corazón, a los que buscan la paz y se ven perseguidos injustamente y te enteraste que le traían multitud de enfermos a los que sanaba y curaba, que le devolvía el oído a los sordos, la vista a los ciegos y el habla a los mudos y que tomándolos por la mano levantaba de su camilla a los tullidos y volvía a la vida a los muertos. Y que había tanta fe en Él que un centurión llegó a decirle “Señor yo no soy digno de que vengas a mi casa, pero con que Tú digas una sola palabra mi hija, que está en el lecho del dolor, quedará curada”. Y en la satisfacción de las madres Tú ibas viviendo todos estos momentos,

también Madre por las calles de Sevilla hay ciegos que no ven, sordos que no oyen, y hay muchos paralíticos que tienen que recobrar el andar y hasta gente con flujo de sangre que se conforma con que el sol de la tarde al pasar por tu paso dibuje sobre ellos la sombra de Tu Hijo muerto entre los brazos de Nicodemus y Arimatea. Dile a tu Hijo, Madre, que todos esos necesitan que Él los cure, que Él los sane, que los alivie de sus enfermedades del cuerpo y de las otras mucho más profundas que son las enfermedades del alma, que derrame sobre ellos su inmensa Caridad.

Y hay un final, cuando te llegan las noticias de que tu Hijo ha entrado triunfalmente en Jerusalén, que la multitud lo ha arrojado entre vítores y hosannas. No te extraña, Tú sabes que son los contrapuntos de la vida. Ya en una ocasión tuvo que huir de esa misma muchedumbre porque querían proclamarlo rey y cuando un día entró en el Templo, precisamente en su pueblo, no hubo afecto de sus paisanos y tuvo que “escurrir el bulto” porque después de oír sus palabras querían apedrearlo y matarle. Y a Ti te da el corazón que el Domingo de Ramos no es más que el prólogo y preámbulo del Jueves, de la Madrugada y del Viernes Santo y nos vamos a ir contigo a la calle de la Amargura por donde te han dicho que viene el cortejo que lo conduce al patíbulo. ¿Qué es eso que ves que va ahí? ¿Ese es el que Tú distes a luz en Belén? ¿Ese es el Sol refulgente que, en su infancia, por donde pasaba, dejaba pasmados a los que le contemplaban? ¡Cómo va Tu Hijo, Madre! Yo te pido que mires a tantas madres sevillanas que te están viendo pasar y que también se topan con sus hijos hechos una “piltrafa humana” como consecuencia de esas drogas malignas que van matando y corrompiendo poco a poco sus cuerpos y sus almas y que le digas a tu Hijo que les de el tirón necesario para salir de ese estancamiento terrible y letal.

Y después lo sigues hasta el Calvario y allí estás con Él hasta el último momento. Estabas Madre, del verbo estar en su más fiel interpretación latina, como estaban las tropas para salir a la batalla, allí estás fuerte y firme, dispuesta a todo y oyes sus palabras y entre ellas, hermosa y bellísima, en la que te deja nuestra filiación perpetua en Ti. Y allí estás hasta el final, tendríamos que seguir pidiéndote tantas cosas, Madre mía, que se escapan del tiempo lógico para esta meditación. Cuando vuelvas a tu casa mientras tañe, doblando a muerto, la campana de San Andrés yo te pido que hayas grabado en tus retinas todo lo que has visto, todo lo que has oído y todo lo que indudablemente has adivinado para que después puedas decirle a tu Hijo que en la Caridad perpetua de su infinito amor vaya resolviendo, uno a uno, los problemas de tantos sevillanos como lo hacia por los campos de Palestina, junto al lago o en las ciudades, tantos y tantos problemas de los hombres y las mujeres de su tiempo.

Vas a entrar ya en San Andrés, te dejamos llegar ahora, Virgen de las Penas, hasta el sepulcro donde depositaremos el cuerpo de tu Hijo.

Al entrar, el naranjo del otro lado se ha sentido celoso y desprende una nueva flor de azahar sobre los pliegues de tu manto bañado de luz y bordado en plata por la luna inmensa del cielo sevillano. Yo te pido que en el silencio de la Iglesia te fijas en ese monte de lirios primorosamente puesto a los pies de tu Hijo, es la Sevilla penitente que, cada cuaresma, con la llegada de la primavera se vuelve lirio morado penitencial y austero pero que tiene en el centro el eje dorado de la fe y mientras Sevilla tenga fe seguirá adelante.

Tú lo sabes bien, Señora. Gracias porque en el Subterráneo bendito de tu vientre engendraste al Enmanuel Jesús que con su Buena Muerte nos libró del pecado y nos abrió las puertas del cielo. Porque eres Madre del Rey del Universo te proclamamos Reina de los Reyes y consideramos que el cielo, cada día, nos manda el Rocío bienhechor de su alborada con la mirada maternal de tus benditos ojos; y te conviertes en nuestra Esperanza porque en Ti Sevilla espera y esperará siempre tanto que te quiso dar el nombre de uno de sus barrios, junto al arco y la muralla, para que fueras aún más sevillana.

Madre de las Penas que, aunque sigas teniéndolas, cuentas con el amoroso consuelo de los sevillanos y mira como sobre el monte de lirios que Sevilla pone a tus plantas, arrepentida y penitente cae la última gota de sangre que de la herida del clavo de su mano derecha se convierte en capullo de rosa roja que se extiende cubriendo totalmente el monte con la preciosa sangre de su bendita redención. Que el tañido de la campana doblando a muerto de San Andrés se transforme en el repique glorioso de un pino mayor de nuestra Giralda que nos anuncie que tu Hijo, su Caridad y tu amor sustentan nuestra fe porque ya no está en el sepulcro nuevo del huerto de Arimatea, ha resucitado y en Él sigue creyendo Sevilla. Señora de las Penas, Madre de nuestra alegría.